

LA GUERRA CONTRA IRÁN: FRACTURAR EURASIA PARA IMPEDIR EL ORDEN MULTIPOLAR

Por Salvador G. Briceño

Serie: Claves geopolíticas del día

[*Centro de Geopolítica y Multipolaridad*]



Mapa del Corredor Internacional de Transporte Norte-Sur (INSTC)

La guerra como sabotaje geoeconómico

La ofensiva contra Irán rebasa por mucho el marco convencional de una confrontación regional o de un nuevo episodio de presión occidental sobre la República Islámica. Lo que está en juego, en términos estructurales, es la disputa por el rediseño del mapa económico del siglo XXI. Bajo esta lógica, la guerra no puede entenderse únicamente como una campaña militar: constituye, sobre todo, una operación geopolítica destinada a interrumpir la consolidación de un sistema

euroasiático emergente basado en corredores de conectividad, integración logística y autonomía estratégica frente al poder marítimo tradicional de Estados Unidos.

Pepe Escobar plantea una tesis contundente: la guerra contra Irán representa un ataque directo a la arquitectura de integración continental que une a China, Rusia, India y Asia Occidental mediante infraestructura ferroviaria, puertos, corredores energéticos y nuevas rutas comerciales. En otras palabras, no se trata solo de contener a Teherán, sino de impedir que Eurasia consolide una masa crítica capaz de desplazar la hegemonía occidental.

Irán ocupa en este proceso una posición geográfica decisiva. Desde las antiguas Rutas de la Seda hasta la actual Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI), su territorio funciona como bisagra entre Oriente y Occidente, entre Asia Central, el Golfo Pérsico, el Cáucaso y Europa. Su ubicación lo convierte en un nodo civilizatorio. De ahí que el conflicto actual adquiera una dimensión mayor: atacar a Irán significa alterar el corazón territorial de la integración euroasiática.

El corredor ferroviario China-Irán simboliza esta transformación. La conexión entre Xi'an y el puerto seco de Aprin, cerca de Teherán, reduce tiempos logísticos de cuarenta días por vía marítima a apenas quince por tierra, alterando cadenas de suministro y debilitando la dependencia de pasos estratégicos vulnerables al control estadounidense, como Malaca, Ormuz o Suez. Esta transición redefine el comercio global al desplazar progresivamente el poder del mar hacia la masa continental.

CGM observa aquí una constante histórica: cuando las potencias marítimas perciben el ascenso de una arquitectura terrestre capaz de reducir su capacidad de coerción, la respuesta suele ser la desestabilización. La guerra aparece entonces como herramienta de interrupción sistémica.

Corredores en disputa: BRI, INSTC e IMEC

La verdadera batalla estratégica se libra entre modelos rivales de conectividad. Por un lado, la integración euroasiática real, impulsada por proyectos como la BRI china y el Corredor Internacional de Transporte Norte-Sur (INSTC), que articula a Rusia, Irán e India. Por otro, iniciativas occidentales como el IMEC (India-Oriente Medio-Europa), concebidas no tanto para integrar como para contener.

El INSTC representa uno de los mayores desafíos al orden logístico tradicional. Al conectar el norte ruso con el océano Índico a través de Irán, ofrece una alternativa más eficiente para comercio, energía y proyección estratégica entre BRICS. No es casual que Escobar lo presente como uno de los pilares de la futura integración continental. Su existencia fortalece un espacio económico que reduce la centralidad de las rutas controladas por Occidente.

En contraste, el IMEC aparece como una respuesta geopolítica tardía, diseñada para reposicionar a Israel como nodo estratégico y para aislar a China, Rusia e Irán del gran flujo euroasiático. Sin embargo, la propia guerra ha expuesto su fragilidad: ataques a nodos clave, vulnerabilidad de Haifa y tensiones entre Arabia Saudita, Emiratos e Israel revelan que el corredor occidental depende de una estabilidad política que hoy resulta cada vez más incierta.

India encarna una de las mayores contradicciones del nuevo tablero. Su interés nacional profundo exige acceso a Irán y a Chabahar como puerta de entrada a Eurasia, pero su acercamiento táctico a Washington y Tel Aviv amenaza con erosionar esa autonomía. En términos de poder, Nueva Delhi enfrenta una decisión histórica: consolidarse como actor soberano dentro de un orden multipolar o subordinar su estrategia continental a prioridades externas.

La disputa por corredores revela una verdad central para CGM: en la nueva geopolítica, quien controle infraestructura, puertos, ferrocarriles y energía no solo moverá mercancías, sino civilizaciones.



Mapa del Corredor India-Oriente Medio (IMEC).

Pipelineistán, Turquía y el choque por el futuro

La guerra también reconfigura el mapa energético. Turquía, consciente de su ubicación entre Asia y Europa, impulsa su propia estrategia de “Pipelineistán”: una red de oleoductos y gasoductos que busca posicionar a Ankara como potencia bisagra entre productores y consumidores. Desde Irak hasta Qatar, pasando por Siria y el Caspio, Turquía intenta construir una autonomía energética competitiva frente a Rusia e Irán.

Sin embargo, estos proyectos enfrentan límites estructurales: costos monumentales, inestabilidad regional, conflictos territoriales y la competencia de corredores ya avanzados bajo influencia china o rusa. La guerra contra Irán

introduce un factor adicional: cada bombardeo, sanción o crisis no solo afecta a un Estado, sino que reordena el cálculo energético continental.

Escobar resume esta realidad con una afirmación demoledora: “Esta es una guerra contra Irán, contra China, contra los BRICS, contra la integración euroasiática”. La frase encapsula la esencia del conflicto actual: impedir que el continente más grande del planeta se articule como un bloque económico soberano.

Desde la perspectiva CGM, el punto crucial no es únicamente militar, sino civilizatorio. La transición multipolar depende de corredores, infraestructura y capacidad de integración. El poder ya no se medirá exclusivamente en bases militares, sino en la capacidad de conectar mercados, recursos, puertos y regiones enteras bajo una lógica soberana.

La gran disyuntiva del siglo XXI comienza a definirse con claridad: guerra para fragmentar, o conectividad para integrar.

Porque en el fondo, la batalla por Irán no decide solamente el futuro de Medio Oriente; decide si Eurasia podrá consolidarse como el núcleo de un nuevo orden mundial. (Nota del autor del 20 de abril 2026).